

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. — EL SR. SANCHEZ DEL ARCO, por D. Francisco Flores Arenas. — TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas. — LAMARTINE, por Julio Rosas. — LA MUJER DE SU CASA, por D. Fernando Martínez Pedrosa, *conclusion*. — TIRO DE PÁJAROS EN VALENCIA. — GEROGLÍFICO.

## El Sr. Sanchez del Arco.

Todos los periódicos de Cádiz, y aun creemos que también todos los de la provincia, se han ocupado de la sensible pérdida que el país entero acaba de experimentar en la persona de este distinguido gaditano, de este ilustrado escritor público. Unánime ha sido esta vez el sentimiento de la prensa. Era de esperar; porque la hora de la muerte aquí como allá es la hora de la justicia, y porque los enconos de la vida, cuando no nacen del fondo de las malas pasiones, pierden su fuerza y hasta su acritud misma ante la losa de la tumba.

Nosotros, que por muchos años nos hemos honrado con la especial amistad del Sr. Sanchez del Arco, nosotros, que nos hemos complacido siempre en reconocer y en proclamar su mérito como hombre de letras, su rectitud, su consecuencia y su raro desinterés como hombre público, queremos también cumplir con el triste deber de consagrar á su memoria algunas palabras de dolor; dolor tan sincero como lo fué el afecto que nos unió durante el breve curso de su brillante pero por muchos conceptos penosa existencia.

Su talento, única cosa quizá que la malevolencia no osó disputarle nunca, pudo cien veces franquearle las puertas de la fortuna; pero raro ejemplo de una rigidez espartana, rehusó siempre, no ya los favores y las gracias, sino hasta la justicia misma, siempre que pareciese que la justicia por el aliciente del lucro pudiese quebrantar su abnegación y su independencia de carácter. Por eso vivió pobre; por eso ha muerto pobre. Honrada y digna pobreza que hace la mas completa apología de una vida laboriosa y agitada, cual lo fué la suya; de una vida en la que todo lo pudo ser, y en la que sin embargo no quiso ser nunca otra cosa que el mero soldado de una opinion,

ABRIL.

que el defensor activo de un principio. Él tomó siempre para sí los azares, los peligros, los sinsabores de las luchas políticas á que por tantos años se consagró; pero de ellas jamás tomó para sí otra cosa; jamás anheló, jamás aceptó por tanto el premio, cualquiera que fuese la forma en que le fuera ofrecido. Por eso al tornar de su diputación hizo alarde de traer su conciencia política tan limpia como su bolsa, tan limpia como el ojal de su modesto frac. Pocos, muy pocos, antes, entonces y despues se le han parecido. Digámoslo en honra suya.

Nuestro distinguido amigo el Sr. D. Adolfo de Castro, en quien Sanchez del Arco tuvo siempre casi un hermano tierno, ha anunciado la próxima publicación de algunas de las mas escogidas obras que éste escribió, precedidas de una biografía por aquel escrita, y acompañadas de un juicio crítico. Honra y grande ha sido para nosotros el que nuestro citado amigo el Sr. Castro nos haya asociado á su empresa encomendándonos esta parte del trabajo, porque aun en eso poco nos será dado coadyuvar á un pensamiento que tiende á mejorar la desgraciada suerte de una familia numerosa á quien su padre legó por toda herencia un nombre digno. Hemos aceptado, pues, con reconocimiento, esta participación, y su desempeño nos proporcionará el medio de ocuparnos del Sr. Sanchez del Arco como poeta de robusto ingenio y como escritor de atrevidas y enérgicas formas.

Terminamos estos pocos renglones, porque no nos habíamos propuesto escribir un artículo, sino arrojar una flor de nuestro corazón sobre una querida tumba.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## TEATRO PRINCIPAL.

*Primeras tareas de la compañía de zarzuela.*

Ya dijimos en nuestro anterior artículo que la compañía hizo su estreno con *El Juramento*. La transición era un tanto dura en todos conceptos. Pasar de un brinco desde *La Traviata* y *La Vestal*



hasta el coro del *chis, chis* y hasta el del *tataratá*, caer del *miserere* en las boleras, no es para todos los temperamentos. El público, como era de esperar, se mantuvo frío, y aun á ratos inició algo de tendencias hostiles; pero no obstante se mostró complacido respecto á algunos de los artistas, en especial la Sra. Isturiz, que en su género es muy aceptable, y la bella y elegante Sta. Piñeiro, ambas aquí desconocidas.

Pero ante todo, ¿qué cosa es ese *Juramento*? Nosotros conocíamos una ópera del mismo nombre; mas aunque tocaya, no es parienta siquiera remota de la zarzuela. Vamos á verlo.

Supónese aquí que estamos en la guerra de sucesion, época completamente zarzulesca, puesto que á ella se refieren los argumentos de varias de estas producciones. Cierta vieja conde solteron ha educado con el mayor esmero á la huérfana de un antiguo servidor de su casa, y ya se comprende que la tal con sus ínfulas de señorita ha de picar mas alto de lo que debiera, no contentándose con gentes de escalera abajo, ni resignándose al gazpacho ni al refajo de bayeta que por derecho de nacimiento debiera corresponderle. Así es que corresponde al amor de un oficialito, sobrino de su amo, el cual, no solo se opone al casamiento de la huérfana María con cierto ayuda de cámara que la solicita, sino que se declara al tío como con opcion á la vacante matrimonial que ha de resultar por consecuencia de la cesantía forzosa del novio en ciernes. El conde, al oír aquello, amenaza al teniente con escomunion mayor, es decir, con su maldicion y abandono, si insiste en su proyecto, añadiéndole que solo consentirá sea esposo de una dama rica é ilustre.

Nada de esto tiene, como se vé, cosa alguna de particular. Lo particular llega ahora.

En la quinta del conde, donde se supone la escena, se presenta un capitan que va de paso para el otro mundo, adonde le llama con urgencia un juramento. Ya pareció aquello.

Para explicar el cómo y el por qué de este estravagante juramento conviene advertir que el capitan, en un arrebató de celos, habia muerto en desafío á su rival, y fué por ende condenado á muerte; pero queriendo el consejo suavizar la pena en vista de ciertas consideraciones, acordó que el tal no fuese fusilado, sino que se hiciese matar por los alemanes en accion de guerra dentro del plazo improrogable de cuarenta dias: cosa que se hizo prometer al paciente sobre los Santos Evangelios.

Puesto en camino y llegado segun se ha dicho á la quinta, encuentra allí á su amigo el teniente, el cual en el momento de partir para campaña le cuenta su cuita, que él se ofrece á remediar, aunque sin decirle el cómo. Este cómo se reduce á casarse él con María, y puesto que segun lo convenido habia de dejarla pronto viuda, entonces el viejo conde nada tendria que objetar á la boda del sobrino, toda vez que siendo él marqués, ella sería rica y noble.

La novia, que nada sabe, y que además está ofendida al ver la súbita desaparicion de su aman-

te, acepta el traspaso que se hace de su persona, se casa, y á poco se enamora de su marido, por mas que este, aunque enamorado á su vez de su esposa, no le haya dicho jamás esta boca es mia, conservándola por inventario hasta hacerla llegar incólume á manos de su sucesor. El teniente llega; pero al llegar se encuentra con calabazas, ó lo que es lo mismo, con la confesion que ella le hace de su nuevo amor al esposo que le ha caído de las nubes; todo lo cual éste escuchaba escondido tras de una puerta. Desesperados cada cual por su estilo marchan ambos al campamento; porque conviene advertir que estamos ya en el dia treinta y nueve del plazo fatal y la cosa da poca espera.

El desenlace ya se adivina. El teniente solicita y obtiene del rey el perdon de su amigo, quedando él en consolarse con una baronesa jóven, bella y rica que el tío solicitaba para sí como prenda de avenencia de cierto pleito.

Tenemos aquí, segun se ha visto, un conde, un marqués y una baronesa. Los autores dramáticos son gente dada á prodigar títulos, y es porque ellos no tienen que pagarles la renta.

De la reseña se colige lo que es el libreto. Fúndase el tal en un absurdo; porque ya se comprende que no hay consejo de guerra alguno, aunque se componga de alcornoques, que no comprenda que la pena es simplemente el resultado de la aplicacion de la ley, y que ni hay ley alguna que pueda prescribir el suicidio, ni la muerte elude la satisfaccion de la vindicta pública, cuando esta muerte aparece como meramente casual y no como consecuencia de un crimen probado. El reo que se ahorca en su prision no se dice que cumple la ley, sino que la elude.

La música apenas si nos pareció música. El marido, cuando está echando los bofes de pura desesperacion, canta al piano unas seguidillas.

Esta zarzuela pasó con poco éxito, pero al fin pasó. Algo mas flojo anduvo *El relámpago* y *El dominó azul* no ha hecho gran fortuna. Sin embargo, *El vizconde* y *Entre mi mujer y el negro*, últimas producciones ejecutadas, han sido aplaudidas, y en ellas la ya mencionada Sra. Isturiz se ha colocado á una buena altura en el favor del público.

De estas dos obras, así como de las sucesivas, nos iremos ocupando oportunamente, y entonces con mas copia de datos habremos podido juzgar del desempeño de los artistas y en especial de los nuevos. La última de estas dos obras no ha sido jamás representada aquí, y su análisis exige un espacio del que no podemos ya disponer. Quede, pues, para otro dia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## LAMARTINE.

Lamartine es hermoso, alto, gallardo, lleno de majestad. En la espresion de sus miradas, en la sonrisa de sus labios, brillan la dignidad del caba-



llero, la dulzura melancólica del ángel, el orgullo del hombre honrado. Su ancha frente, altiva y serena, está marcada con el sello del genio. Su voz es melodiosa. Sus finos modales, su esquisita elegancia, su carácter dulce y amable, su talento privilegiado, inspiran amor. Hay en todo su ser tal simpatía, tal distinción, tanta belleza, tanta bondad, y no sé qué extraordinario, que atrae y cautiva todos los corazones. Lamartine conoce su mérito y se hace admirar. Las lisonjas del mundo le agradan: siempre amó la popularidad y la gloria.

Lamartine es hermoso, pero su corazón es más hermoso aun. Era rico, muy rico: ahora es pobre. La precaria situación del bardo francés proviene de su generosidad, de su desprendimiento, de su amor a la humanidad, pues todos sabemos que ha derramado sus beneficios en las manos de cuantos han ido a implorar su caridad. Esta pobreza proviene también del fausto desplegado por el poeta ministro en 1848, y de la ostentación con que verificó su viaje a Oriente. En breve, se dice, abandonará las playas de la Francia, y tal vez visitará los campos de la joven América, cuyas bellezas cantará en dulces y sentidas trovas.

Qué es Lamartine? Socialista ó monárquico? Republicano ó legitimista? Lamartine lo es todo: es la amalgama de todas las doctrinas: ha pertenecido a todos los partidos: es eminentemente ecléctico. "Es la abeja, dice uno de sus biógrafos, que chupa la miel en la flor de los altivos cedros y en la humilde violeta, en la rosa lozana y en la corola amarga del tomillo: abeja de la política, ha chupado y recogido lo que hay de mejor y más puro en el partido socialista, en el republicano, en el legitimista y en el conservador. Inconstante siempre, pero siempre amante de la humanidad, siempre defensor del débil y del oprimido."

Lamartine es notable como político y estadista, eminente como poeta lírico. Lamartine imita en dulces cadencias las armonías de la naturaleza. Canta cuando habla, cuando escribe y cuando medita: canta cuando la luna asoma en el horizonte, cuando la estrella de la tarde brilla temblorosa entre los vapores rosados de la última hora del día: canta cuando el viento se queja en las enramadas, cuando el ave deja oír sus quejumbrosos cantos. Lamartine canta cuando la lluvia produce un ruido prolongado y metálico en los techos y en los cristales de las casas y en las hojas de los árboles, cuando los cielos se rasgan al fragor de los truenos: canta cuando llora el niño, cuando suspira la joven enamorada, cuando el zagal conduce el rebaño al establo, cuando la pastora lleva el cántaro a la fuente, cuando el amante medita sobre la

tumba de la querida de su corazón.—Lamartine canta siempre, a todas horas, en todas las estaciones.

Lamartine tiene hoy 68 años. Nació en Macon el 21 de Octubre de 1791. Su padre era capitán de caballería, y su abuelo administrador general de los bienes de la familia de Orleans.

El verdadero nombre de Lamartine es Alfonso de Prat. A los 25 años quiso adquirir un nombre literario, nombre que han immortalizado la poesía y la gloria, y se llamó Alfonso Lamartine. Después de la revolución francesa, el capitán de caballería temiendo otra tempestad revolucionaria, quiso poner a su familia al abrigo de su soñada tempestad retirándose al viejo castillo de Milly, perdido en una comarca casi salvaje donde gustó las bellezas del campo y las dulzuras de la soledad: tal un peregrino queriendo guarecerse de la tormenta que amaga, se sienta con su perro bajo el espeso follaje de una encina secular, desde donde saborea las dulces impresiones de la magnificencia del desierto.

Allí, en el castillo, Lamartine pasó los 10 primeros años de su vida durmiendo el sueño de la infancia en el regazo de su madre: diez años pasados al fuego del amor del hogar a la sombra de los tilos de Milly: diez años de inocencia y de candor, llenos de placeres purísimos.

A los 11 años dejó nuestro poeta el techo de sus mayores desde donde veía brillar las eternas nieves de los Alpes; para entrar en el colegio de los Jesuitas de Baillei. Sus estudios fueron brillantes. Las verdes coronas de laurel que sus maestros otorgaban a la aplicación, ceñían todos los años su frente. En esta época Lamartine hizo sus primeros ensayos poéticos.—Alfonso es poeta, dijeron los Jesuitas al leer su *adios al colegio de Baillei*.

Un día el capitán de caballería dijo a su mujer. —"Quiero que Alfonso abraza la carrera de las armas.—¡Mi hijo soldado! esclamó llorando la madre de Lamartine. Mi hijo, mi querido Alfonso, espuesto a los peligros que te han amenazado toda la vida! Acaso la Francia necesita su brazo? Cuando la Francia llame a sus hijos, yo misma, como las antiguas romanas, pondré la espada en su mano para que salve la patria. Pero ahora, por qué ha de sufrir las penalidades de la vida militar? ¡Oh no, no!"

Las lágrimas de la madre triunfaron, Alfonso no fué soldado.

A los 18 años, Lamartine realizó el delirio de toda su vida: viajar por Italia, cuyo cielo, cuyo fuego y serenidad había aspirado en los versos de Goethe y en las páginas de *Corina*.

"Conoces esa tierra dó los mirtos florecen?"



Aprovechó la oportunidad que le presentaba una parienta, á cuyos cuidados fué confiado, que pasaba á Liorna á arreglar sus asuntos acompañada de su marido. Lamartine partió, segun dice él mismo, "con el entusiasmo del niño que vé levantarse el telon de las mas espléndidas escenas de la naturaleza y de la vida."

Aconteció de allí á poco que sus padres quisieron regresase á Francia, y como aun no habia visto á Roma ni á Nápoles escribió á Milly pidiendo permiso para continuar solo su viaje por Italia y sin aguardar respuesta, partió.

— "Si viene la prohibicion, se decia, llegará demasiado tarde. Seré reprendido, pero me perdonarán; volveré, pero habré visto."

En Roma pasó el invierno en casa de un pintor que le admitió en clase de pupilo. Partió luego á Nápoles y allí amó á *Graziella* cuyos amores nos refiere llorando en sus *Confidencias*.

JULIO ROSAS.

## LA MUJER DE SU CASA.

NARRACION

POR D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

(CONCLUSION).

En el tiempo pasado desde su estancia en casa de la señora Ana, cuántas lecciones de experiencia habia recibido el jóven! A los pocos dias de entrar en la casa del banquero llegó á su poder el reloj que esperaba de Lóndres, deshízose de él con alguna perdida, y aquel dinero le sirvió para recuperar sus ropas que yacian en la casa de préstamos, y el anillo que debia á la memoria de su madre.

Aristides cuando se halló en estado de poder volver á penetrar en la sociedad que antes habia frecuentado, recordó con dolor los mil espectáculos repugnantes que algun dia le ofreciera; y el amor de María, que temia profanar con el trato de ciertas gentes, le sirvió de freno para contener los vagos deseos que alguna vez le asaltaban. Además la historia de sus desdichas se habia relatado con odiosos comentarios en algunos círculos, y él no lo ignoraba. De labio en labio habian circulado rumores que se cebaban en su honra alimentándolos sus propios amigos. Muchos de aquellos hablaban de Aristides con desprecio; otros haciendo alardé de compasion, y algunos hasta con ensañamiento. Pero cuando todo el mundo supo que el jóven tenia ocupacion digna en la conocida casa de Abella; cuando vieron que se entregaba al trabajo, al recogimiento para purgar sus deslices y rehabilitar su nombre, la murmuracion cesó de asestar sus tiros

contra él, alcanzado que algunas personas hiciesen justicia á sus sentimientos, en tanto que las demás acabaron por relegarle al olvido. Sin embargo, Aristides que no interrumpió ni un solo dia sus visitas á la casa de la calle de Sta. Isabel, asistia, aunque de tarde en tarde, á los sitios que en otro tiempo habian servido de teatro á sus calaveradas. Mas de una vez se encontró frente á frente con aquellos jóvenes que un dia giraban en su torno, como satélites de un bolsillo que brillaba mas que el suyo, recibiendo de ellos un saludo frio, alguna palabra evasiva ó ya una mirada indiferente. En el pecho del jóven existia un precioso resto de noble orgullo, y no acertaba á comprender la causa de por qué desmerecia á los ojos de muchos de aquellos que anteriormente empleaban con él los halagos de la adulacion. Sin duda no habia advertido que en ciertos círculos, sumidero de la farsa de Madrid y archivo de sus miserias, además de juzgarse á los hombres por la primera impresion, estrechándoles afectuosamente la mano por rutina, aunque nos sean desconocidos, se tiene en poco á los que en humilde escala se presentan con carácter definido en la sociedad y con ocupacion determinada. El vulgo de esas distinguidas gentes, que así piensa, para dictar sus fallos empieza por observar el porte del individuo, le escuchan una vez, pero jamás se toma el trabajo de averiguar quién es, de donde viene, á donde va. Desde aquel instante la persona en cuestion es objeto de la simpatía general: todos se honran con su saludo, y aunque su misteriosa existencia dé lugar á algunos comentarios, esa misma circunstancia sirve de palanca de Arquímedes para darle fuerza moral.

Por el contrario, quién es ese Lagarza? Empleado en el escritorio del banquero Abella; gana cuarenta duros al mes. Corolario; el mundo *fashionable* le mira por encima del hombro, y en tanto ese mismo mundo colma de atenciones á esas entidades misteriosas y logográficas, y si se presentan bajo la fase de un jóven de aceptables formas, celebra su verbosidad, su descaro, su gracejo en el mentir y sobre todo su apostura y sus prendas exteriores, cuando con el dedo pulgar apoyado en la sisa del chaleco se da aires de conquistador, allí donde puede cautivarse la atencion pública.

Aristides yacía abrumado con el peso de tantos crueles desengaños; pero con los ojos puestos en María que le servia de norte en su peregrinacion, y con la esperanza en lo futuro. Un dia despachaba en el escritorio el correo, cuando un criado le vino á anunciar que el principal deseaba hablarle.

Lagarza se presentó al banquero.

— Necesito — le dijo éste — una persona de confianza que gire una visita á mis corresponsales de Andalucía. He pensado en V. ¿Tiene V. inconveniente en aceptar esta comision?

— Ninguno — contestó Lagarza regocijado.

— Si como espero la desempeña V. á gusto mio, tendrá V. un ascenso en mi casa y participacion en algunos negocios.

El jóven abandonó la corte por pocos dias; cumplió su cometido con acierto, y á su paso por Gra



nada tuvo ocasion de visitar á la marquesa del Sar, hermana de su madre y poseedora de una fortuna inmensa que residia en aquella ciudad con sus dos únicos hijos. Esta bondadosa señora, que habia rechazado al jóven en la época de sus estravios, le dispensó una tierna acogida.

A su entrevista le dijo:

—Sé que has abjurado de tus errores conduciéndote por el sendero del bien. Antes te rechazé, porque lo creía justo. Hoy puedes contar con mi cariño y mi apoyo. No carezcas de lo que te sea necesario y recurre á mí en tus conflictos.

Aristides la confió sus amores con la virtuosa María describiéndola su situacion, los peligros que habia corrido y de que ella le habia librado.

—Bien merece esa jóven—añadió la marquesa—que te unas á ella: yo aplaudo tu conducta: hazla feliz y el cielo te recompensará.

### III.

Aristides regresó á Madrid. Dió cuenta al banquero de su comision; y éste, en el acto le duplicó el sueldo encargándole del giro de letras, y confiándole poderes para contratar en su nombre.

A consecuencia de estas inesperadas sonrisas de la fortuna, Lagarza pensó en cumplir la promesa que tenia hecha á la jóven huérfana, dirigiéndose á la calle de Sta. Isabel. En aquel sencillez retiro donde Aristides tenia suspendidas dos voluntades renovó sus dulces impresiones, respiró la atmósfera pura que le habia alentado en su infortunio, y volvió á extasiarse con la presencia del ángel salvador en quien tenia depositado el tesoro inagotable de su cariño.

La noticia del casamiento de su nieta causó á la señora Ana una alegre al par que desconsoladora impresion. Pensó que aquel suceso la alejaria de su lado; pero Aristides la tranquilizó.

—¿Hasta tal punto me creé V. ingrato?—esclamó reconviene tiernamente á la anciana—Vivirá V. hasta el fin de sus dias á nuestro lado.

Las horas que nos conducen á la realizacion de un bien apetecido se convierten en siglos, y cada minuto en que se vive con el deseo nos aproxima á la desesperacion. Lució una alborada apacible y serena de otoño, una de esas mañanas en que la naturaleza parece que pugna con la ley del tiempo, por la cual el prado mira agostarse su verdor, el árbol teñirse de amarillo sus hojas, menguarse su cauce el arroyo, y las brisas desvanecerse impelidas por el cierzo, mensajero del invierno. Las golondrinas errantes tornaban ya á lejanos climas buscando nueva patria y otro dulce lecho por su abandonado nido. Aristides y María dirijianse tambien á la iglesia para que confirmara sus votos autorizándoles para fundar una familia por medio del divino sacramento. Sus deseos fueron cumplidos, y el agosto sacerdote santificó aquel amor que habia crecido á la sombra de la virtud.

La jóven que habia sabido ser buena hija, doncella casta y mujer de costumbres austeras, debia ser esposa amante, y acaso mas tarde, madre tierna

y amorosa. María sentia bullir en su cerebro nuevos dias que le mostraban un mundo desconocido, perdiéndose en un laberinto de sensaciones á cual mas halagüeñas. La inmensa satisfaccion que el alma siente cuando la tranquilidad de la conciencia sirve de galardón á las buenas acciones; el encantado sueño á que nos trasportan las impresiones del amor con su espiritualismo, sus flores, sus sonrisas y sus infinitas emanaciones misteriosas, indescriptibles, vagas y sublimes; la gratitud, dulce sentimiento que se embota en los corazones de barro, pero que constituye el idealismo bello de las almas sensibles y el placer que derramaban estas grandezas en el pecho de la huérfana, la embriagaban de felicidad el dia en que selló con sus lágrimas la realizacion de un bien de que habia desconfiado. Pero aun le restaban á María delicias que experimentar y satisfacciones que sentir. El ave canta y vive resignada en tosca jaula de cañas: habia nacido para saltar de rama en rama extendiendo las armonías de sus trinos por el valle y la selva; pero allí se hubiera visto espuesta á ser víctima de las garras de otra ave de rapiña ó del tiro certero del cazador, así es que su reclusion la alegra; los cuidados de su dueño la envanece y su destino opresor la halaga. Mas el dia en que trueca su reducido albergue por otro limpio y adornado; cuando á su casita de cañas sustituye una dorada jaula de alambres donde hay mas espacio para volar, sus melodías se renuevan, sus acentos se repiten, y en vez de gemir suspira extasiada con el bien que se le dispensa.

Así la dichosa María al penetrar en la nueva vivienda que Aristides á costa de sacrificios le tenia preparada; cuando el jóven esposo regocijado la dijo: "Esta es tu casa," experimentó el contento mas grande de cuantos habia recibido. Y no era porque en aquella mansion deslumbrara el lujo ni sirvieran sus muebles de mentido alarde de opulencia. Lagarza, sin conocer los consejos que Plutarco daba á Polieno diciéndole: "No te empeñes nunca en que tu mujer renuncie á las delicias de lo esquisito y suntuoso, mientras tú mismo no las miras con desprecio," y aunque contaba con la caja de Abeja, que el banquero modelo habia puesto á disposicion del jóven, y además con los ofrecimientos de su tia la marquesa del Sar, habia adivinado al sabio observando aquel precepto.

María sin embargo de no haber olvidado su cuartito de la calle de Sta. Isabel, se deleitaba con la vista de su nuevo albergue, porque la mujer de su casa mira en ella el templo de su virtud. El campo de sus glorias está cercado de cuatro paredes, y aunque estas sean de basta fábrica, se transparentan á las miradas escudriñadoras del mundo, el cual prohija fácilmente la calumnia; pero siempre sucumbe ante la elocuencia de las buenas acciones, arrojando lauros y flores á las plantas de la que nació, vivió y murió honrada.

María formaba el bello trasunto de la esposa tierna y de la mujer laboriosa. Su método de vida arreglado causaba la admiracion de cuantos la conocian. Simplificaba las necesidades de su casa; cui-



daba con un esmero ejemplar de su marido; atendía también con solícito afán para que nada faltase á su anciana abuela, que ni un momento se separó de su lado, y podía asegurarse que era un modelo de la mas perfecta casada.

Trascurrió un año y María llegó á ser madre. Entonces su mision en el mundo halló el complemento de lo sublime. Aquella mujer habia nacido para amar: su vida se habia exhalado en este mágico sentimiento, y en el dia en que María pudo estrechar contra su corazon el fruto de sus entrañas, el amor se convirtió en delirio, y hubo momentos en que parecia que se estraviaba su razon. Una niña, bella como la flor que abre su capullo á los primeros besos del aura, era la prenda con que la providencia habia reanudado los lazos que estrechaban á aquellos felices esposos. Arístides se extasiaba al contemplarla, porque en ella veia retratadas las facciones de su madre. La señora Ana bendijo la existencia de aquel ángel, justificando con ella su chochez, que por lo exagerada rayaba en idiotismo; y cuando todo sonreía á aquella familia en quien el cielo iba sucesivamente derramando sus dones, un grave contratiempo vino á turbar la paz que disfrutaba.

Un dia, de vuelta del escritorio, entró Lagarza con mustio semblante y espíritu contristado. María contemplaba la primera sonrisa de su hija, y al observar la intranquilidad de Arístides exclamó:

—Tus ojos revelan que nos amenaza alguna desgracia! Habla, qué sucede?

Arístides para deshacer la mala impresion que su turbacion podia haber causado, fingiendo serenidad contestó:

—No te alarmes, María; Abella se halla algo enfermo y me tiene inquieto.

La jóven que habia abrigado otro temor recobró la calma.

—Pero esa enfermedad es peligrosa? preguntó.

—Temo que sea la última! murmuró Arístides, y no dijo mas.

Abella habia fallecido aquella mañana repentinamente. Este acontecimiento trastornaba la faz de de su casa, y se esperaba que su viuda se retirara de los negocios mercantiles.

Pasados unos dias tal suposicion se convirtió en realidad. La casa de la viuda de Abella retiró sus capitales, suspendió sus negocios y despidió á sus empleados. Lagarza recibió una enorme pesadumbre al saber la noticia decisiva. Por su buena María, por su hija, por la anciana que habia sido para él una segunda madre, tembló al pensar en su porvenir. María supo al fin la noticia, pero no se afigió tanto como Arístides temia. Guardaba la virtuosa jóven un tesoro de fé en su corazon y de esperanza en la Providencia.

—Arístides, no te apesadumbres—dijo á su marido—Dios no querrá que tu hija yazga en la miseria. Las almas buenas como la tuya encuentran siempre alivio en sus desgracias. Escúchame: al enlazarme contigo, no pensé jamás en el interés de tu futuro bienestar. Yo sabia que habias dejado de ser rico, y esta idea lejos de entibiar mi cariño, me

alentaba. Hoy hemos perdido el único recurso con que contábamos para vivir. Pues bien; trabajemos que para eso hemos venido al mundo. Yo te ayudaré; soy jóven, me encuentro ágil, la tarea de la costura ha sido siempre mi mejor antídoto para el tedio. Yo cuidaré á nuestra hija; arreglaré mi casa como hasta aquí, el resto del tiempo le dedicaré á coser para afuera, y así la carga te será menos sensible.

Arístides recibió aquellas palabras como un bálsamo consolador y no supo que responder. Al ver en su esposa rebosar aquel manantial de fortaleza, de resignacion y de esperanza, se sintió también fuerte y poderoso, y comprendiendo que tales rasgos tenian su origen en la elevacion de sentimientos de su dulce compañera, mostróse lleno de noble orgullo con poseer una alhaja de tan inestimable valía.

—María—la dijo conmovido—recuerdo que la primera vez que di entrada en mi pecho á las inspiraciones del bien, fui impulsado por el mágico resorte de tu voz y por la verdad de tus razonamientos. Ignoro si he aprendido á ser hombre de bien, aunque he puesto los medios para ello; pero si algo tengo de que vanagloriarme, en verdad que no se lo debo á nadie mas que á tí, mujer incomparable, á quien yo admiro y á quien consagraré hasta el último aliento de mi vida!

Lagarza lloraba al terminar estas frases, porque el hombre no puede saber sentir si no sabe llorar. María respondió con lágrimas á las de su esposo, confundida con las palabras que le acababa de dirigir. En tanto formaba tierno contraste en esta escena, la expresion que se advertia en el rostro animado de la niña, la cual se sonreía vagamente como diciendo á sus padres: "Yo he venido para consolaros en vuestras tribulaciones; sonreíos conmigo y esperad!"

La contemplacion de aquel ángel de amor, dejó en suspenso el triste diálogo de los jóvenes esposos, leyendo ambos en su semblante el presagio de su felicidad.

Nada existe en el mundo que una mas á las almas y que las identifique tanto como la desgracia. Arístides impulsado por la fuerza de voluntad de María, buscó recursos para vivir y los encontró. Al poco tiempo de la muerte de Abella obtuvo un destino en las dependencias de una sociedad de crédito. Su sueldo allí era mas reducido; pero sobre él pesaba una familia á quien mantener, y no titubeó en aceptar aquel modesto empleo. María, que jamás habia disfrutado de las diversiones, ni del lujo en el vestir, ni de los placeres de la mesa con que viven adormidas en la corte muchas familias, desplegó todos sus cuidados para que los gastos de su casa no excedieran á los ingresos; con el auxilio de sus haberes ayudó al sostenimiento de sus necesidades, y consiguió vivir sin deudas ni compromisos satisfaciendo las exigencias de la opinion.

Aquellos esposos vieron trascurrir así algunos años, no escasos de sinsabores para Lagarza, que lamentaba las privaciones á que se veia condenada su esposa, temiendo las que le esperaban á su única



hija. Un día del mes de Setiembre de 1855 recibió una carta de Andalucía cerrada con lacre negro. Aristides la abrió apresurado, y con sorpresa y dolor supo que su tía la marquesa había perdido en breve tiempo á sus dos únicos hijos víctimas de la funesta epidemia del cólera que en aquel entonces asolaba á España. Participó la noticia á su esposa y esta la recibió contristada, sin embargo de que no conocía á la marquesa ni á su familia. En la carta mensajera de tan triste nueva, decía la madre desdichada:

"Tan cruel suceso ha quebrantado mi salud en términos, que me encuentro en muy mal estado. Espero—añadía—reponerme un tanto y os haré una visita; porque bien sabes, querido sobrino, el ardiente deseo que abrigo de conocer á tu bondadosa María, de quien me han hecho, personas extrañas á nuestra familia, repetidos elogios."

Esta carta llenó de amargura á aquellos sensibles corazones, y Aristides contestó á la marquesa que esperaba que la Providencia les proporcionara el placer de abrazarla. Sus deseos se realizaron: la marquesa del Sar llegó á Madrid algunos meses despues; pero su situación era la mas lamentable. Agobiada por los padecimientos, impresionada amargamente con la muerte de sus hijos, su enfermedad, que no podía hallar auxilio en la medicina porque afectaba á su espíritu, tomó un aspecto grave despues de su estancia en la corte. Aristides y María no se separaban de su lado, y esta última con interés filial consolaba á la ilustre señora prodigándole inefables consuelos, los cuales dilataron su vida hasta que la muerte la arrebató de la tierra despues de haber bendecido la union de su sobrino, porque segun decía, acertó á elegir una esposa que santificaba la virtud.

La marquesa que comprendía su desesperada situación, escribió pocos días antes de su muerte, una memoria á su testamento concebida en estos términos:

"Ave María Purísima. Mis hijos únicos herederos de la fortuna de su madre han volado al cielo. Por si como espero, entrego en breve mi alma al Creador, téngase por anulado mi testamento en vista de la presente memoria, por la que instituyo únicos y universales herederos de mis bienes, por mitad de partes, á D. Aristides Lagarza, mi sobrino carnal, y á su esposa Doña María Ramirez; á esta última, en premio de sus virtudes y de los cuidados que la he merecido. Hago asimismo constar que al primero le corresponde por línea hereditaria mi título. Madrid, etc.—*La Marquesa del Sar.*"

Al aparecer este documento debajo de la almohada, donde para siempre había reclinado la cabeza la marquesa, Aristides pasó por él sus ojos llenos de emoción, y le fué revelado, con aquella nueva que tanto influía en su porvenir, el secreto de su felicidad completa, poema que había idealizado la candorosa María.

Y era, que apenas los primeros albos de la mañana de la vida vierten sus apacibles rayos sobre la frente del justo; apenas empieza el mundo á mostrarnos su panorama, oasis encantado de la juventud, nube de desengaños de la virilidad y tumba

donde se posan confundidos los recuerdos y las glorias, con las lágrimas de la vejez, el dedo del destino inmutable, señala al héroe, al mártir, á la mujer santa y estas tres palmas con que se adorna la vida de la humanidad, crecen entre sus hijos, donde el corazón y el entendimiento saben cultivarlas.

María era la planta lozana que había brotado en aquel vergel de los amores; su aroma embriagó los sentidos de Aristides, que despojándose de sus espinas llegó á causar celos á la misma flor, y el premio de aquella metamorfosis, brilló en el horizonte que se acababa de abrir á sus ojos.

Un sabio filósofo de la antigüedad decía, al tratar de las mujeres: "que si de fuera no reciben la semilla de los buenos propósitos, si sus maridos no les comunican alguna sana doctrina, por si concebirán y engendrarán pensamientos monstruosos, pasiones extravagantes;" y un escritor de nuestros días asienta: "que así como el oro se prueba por el fuego y la mujer por el oro, el hombre se prueba por la mujer."

María había patentizado esta última sentencia.

Al hallar en su peregrinación sobre la tierra, una alma capaz de dejarse arrebatar por el sentimiento de lo bello, y por el contrario á correr frenética en pos del mal sirviendo de juguete á su debilidad; mujer impía, hubiera condenado á la abyección aquella alma; ángel bienhechor, la elevó á las regiones de la idea.

He aquí el elemento civilizador de las sociedades, la mujer: porque, como dice Cantú, "participa de todo lo que es propiedad esencial de la humanidad." A ella ningún don intelectual le fué negado, y con sano corazón sabe emplearlos en el perfeccionamiento de los seres que la rodean. Intuitivamente juzga y resuelve los mas difíciles problemas de la vida, dejándose llevar de sus instintos. Es la profetisa inspirada del bien, el oráculo infalible de la verdad.

Así era María, la mujer de su casa, que sobre los cimientos de la virtud levantó un edificio portentoso, cual es el de la felicidad. La pompa y el brillo que adornan al rango, que despues ocupó, no la sirvieron jamás de pábulo para entronizar la inmodestia, ni el desprecio á sus semejantes, pasiones terrenas que empobrecen el espíritu. Había saboreado el dolor y compadecía á sus mártires; su bolsillo estaba abierto siempre para aliviar al menesteroso; pero en el silencio del retiro y sin el alarde faustuoso de pompa con que la *filantropía* marchita las buenas acciones en nuestra época. Su método de vida, sus inclinaciones, sus costumbres, no se alteraron un instante, ni concibió jamás el gusano roedor de la vanidad; antes bien, con ánimo recto y dulce modestia, vivió para su amado Aristides y para los hijos de su corazón, cohorte lisonjera que Dios la había aumentado. La señora Ana entregó su espíritu en manos del Creador abrumada por los años, y la casa de Lagarza se cubrió de luto, porque aquella anciana simbolizaba la virtud por la que se había coronado de gloria.

Leyente benévolo: cuando de entre las nieblas del mal que trastorna á los estados de la tierra agi-



tando los hirvientes volcanes del horror y la venganza, alterando la paz de los humanos y fundiendo el plomo destructor que les sirve para el comun estérmino, veas elevarse una sombra apacible y enamorada que estienda sus gasas por cuanto abarca el firmamento, impregnadas con el rocío de la virtud para cubrir con ellas las miserias de la vida, piensa que ese es el misterioso lazo con que la Omnipotencia quiere aunar las voluntades, armonizar las ideas y fundir las creencias de los hombres; que esa es la sombra del patrio hogar de la familia que estrecha los vínculos santos y fortifica los corazones; y advierte que para que los afectos del alma se arraiguen y la conciencia permanezca tranquila y reposada, Dios ha señalado como regulador de las acciones humanas á la mujer: la mujer de espíritu fuerte; despojada de los vicios; inaccesible á la adulación y firme ante los halagos de la hermosura, porque ella es la gran sibila de la familia.

Napoleon, el atleta de las batallas ha escrito:

"Una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazón: la primera es un dize, la segunda es un tesoro."

Y Montaigne ha venido á complementar esta idea con la máxima de: "que la ciencia mas útil y mas honrosa para una mujer, es la economía doméstica."

He aquí la síntesis de esta narracion, que debiera grabarse en la memoria de todas las mujeres, la primera vez que asientan su planta en el camino de la vida.

FIN.

## TIRO DE PAJAROS EN VALENCIA.

En Valencia, una de las ciudades mas hermosas de España, una temperatura siempre suave favorece en sus cercanías una vegetacion sin rival en colores y perfumes; toda la vegetacion africana se encuentra mezclada allí con las flores y los árboles frutales de la Europa.

El pueblo de esa hermosa comarca ha conservado un carácter digno de esa magnífica escena. Son tipos africanos en los hombres y griegos en las mujeres, con trages de colores brillantes que tienen algo de asiático; los hombres llevan anchos calzones blancos, alpargatas, un pañuelo de seda en la cabeza á guisa de turbante, y una manta de rayas de colores. Las mujeres no usan otro tocado que sus hermosos cabellos sostenidos con una aguja de plata sobredorada con piedras verdes y encarnadas y una peineta de metal.

Las señoras valencianas no han abandonado todavía, como en otras partes, el velo y la mantilla; la moda y la coquetería no inventarán nunca nada mas bonito que ese adorno que deja entrever todo lo que parece querer ocultar: la finura del talle, la hermosura de los ojos y esa magia de la mi-

rada que distingue á las mujeres del mediodía de la España.

Las modas parisienses ó inglesas harían muy triste figura entre las graciosas paseantes de la Glorieta de Valencia, ó en la Pechina en el cauce del rio que con frecuencia está seco. Allí se va los jueves y los domingos para ver á los cazadores que se reunen, pues es una de las diversiones favoritas de los valencianos. Se principió por tirar á las palomas; pero ahora se tira á toda clase de pájaros: los cazadores forman un gran círculo, y en su centro están los empresarios de la cacería con grandes jaulas de madera llenas de caza. Cada tiro se paga un real, y hay una porcion de muchachos que corren á cobrar el real de todo el que ha descargado su escopeta. La pieza muerta pertenece al cazador; cuando salen muchos tiros á la vez, se suscitan algunas disputas cuya solucion se deja á la suerte arrojando una moneda á cara ó cruz.

Los curiosos se agrupan en todas las desigualdades del terreno que han quedado á seco, y que en breve se cubrirán de yerba; y detrás, en último término, está el campesino alerta para tirar á los pájaros que por casualidad han podido salvarse del plomo de los cazadores que pagan el derecho.

X.

### SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Quien no se embarca no pasa la mar.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

